

CUENTOS PARA TÍ

**JESÚS EDUARDO ZAPATA VELA
2014**

Índice

UNA MENTE VACÍA: EL AMOR Y LA LOCURA.....	4
LA MUJER QUE ME HABÍA LLEVADO DONDE ME ENCONTRABA... ..	6
EL TORO, LA MONTAÑA Y EL PARAISO	10
¿IMAGINACIÓN Ó REALIDAD?	15
“UN AMOR MÁS ALLÁ DE LAS ESTRELLAS”	18
EL ANOCHECER DEL DIABLO	33
EL GURÚ DEL SEXO	46
EL VIEJITO DEL PUEBLO.....	54
LA ESPOSA DESCONFIADA	56

UNA MENTE VACÍA: EL AMOR Y LA LOCURA...

Él me llamó la atención, por su forma de verla, como si fuese una conocida que no veía por primera vez. Él había subido en la misma estación que yo y estaba solo. Recién en la siguiente parada, ella entró al bus y no se percató de su presencia, pese que se sentó junto a él... Después, ella sacó de su mochila un pintoresco libro de imágenes.

Él, como ya dije, la miraba, como si evocase un centenar de momentos compartidos: La mañana en que la lluvia los llevó a refugiarse en el mismo lugar, la excusa para hablarle, un número de teléfono, los días de dudas, la timidez de él para invitarla a salir, los silencios de ella para retrasar la cita, el concierto en el que coincidieron, el beso, los besos, las confesiones, los descubrimientos, cenas de dos, reuniones, compromisos, el compromiso, hijos y deseos de seguir soñando...

¿Y sí únicamente le recordase a un antiguo amor? O quizá, sin abusar tanto de la memoria, ella era la silueta vacía de sus anhelos, de esa ilusión latente que lo mantuvo despierto, de un desenlace feliz que ya había vivido durante cada noche de insomnio.

Yo no tenía pensado tomar un bus, él tampoco. Afuera había parado de llover...

..Le pregunté por ella y me manifestó que, simplemente ella representaba el lejano resplandor de un instante que no lograba recordar.

Y él es, Javier, un hombre que todos los lunes toma la misma ruta, recorriendo de norte a sur la ciudad, intentando reconstruir aquel 4 de Octubre, cuando un fatídico accidente entre dos buses urbanos dejó sin vida a su amada esposa y a su hijo.

Su esposa, muerta a un lado de la carretera, con una mochila en su humanidad. Su hijo de seis años, fallecido, con un pintoresco libro de imágenes en su mano derecha...

CUENTOS PARA TI | 2014

Un momento triste, que él recordaría, si su mente no estuviera vacía, porque después de ese día, un ladrón de recuerdos llamado “Alzheimer” le quitó la cordura y condenó su existencia a múltiples periodos de locura...

LA MUJER QUE ME HABÍA LLEVADO DONDE ME ENCONTRABA...

Estaba yo escribiendo frente a mi PC, la escuchaba a ella detrás de mí, creo que se preparaba algo en la cocina. Mientras pisaba tecla tras tecla mi mente divagaba y mis pensamientos se centraron en ella, la mujer que me había llevado donde me encontraba ahora.

Mi carrera como escritor tenía algunos años en plena cúspide mi fama era mundial, pero aún antes de eso, ella aparecía, entraba a mi vida por algunos días y luego desaparecía sin más. Durante esos días, el desenfreno y la pasión me desbordaban; por otra parte, era ella, motivo de inspiración, no como gata, sino como apoyo, como gran consejera. Solía leer mis historias antes que nadie y me hacía observaciones, sugerencias. Ella como nadie siempre me apoyó, y lo hizo creyendo en mí antes de que la suerte se me acercara. Era pues una compañera ocasional, que me regalaba algunos días amor, pasión, sexo, consejo y guía.

Era una hermosa mujer de rasgos aindiados, grandes ojos, directos. Dulces a veces, duros otras. De amplia y blanca sonrisa, tan blanca su franqueza al conversar. Era bella cuando sonreía, ella lo sabía y me llenaba de dicha obsequiándome su risa. Sus cabellos caían negros, cual cascada sobre sus hombros y espalda era negro como el azabache y tan lacio como una capa de seda.

Su voz parecía aterciopelada lo mismo podía causarme la máxima ternura como llevarme a un sublime estado de casi hipnosis pasional. Esas piernas largas, torneadas que terminaban en dos hermosos pies me desquiciaban y podía acariciarlas por horas como si de un peluche se tratara.

Su piel, su piel era lo que realmente me volvía loco, de color ébano, como canela, como la tierra húmeda en el campo, además era sedosa, suave como la piel de un durazno, de un olor dulzón que no tenía comparación, si, definitivamente su piel me sacaba de mi sano juicio.

Sin embargo todas esas cualidades físicas, era ella misma, su personalidad lo que me encantaba, era dura, pero necesitaba ser protegida, era decidida pero mi apoyo la impulsaba, era una excelente profesional, pero se acercaba a mí en busca de consejo. Era desde cualquier punto de vista una mujer con todas las de la ley. Y lo mejor, era mía y de nadie más durante algunos días tres o cuatro veces al año. Nunca hubo ataduras ni falsas imitaciones de familia entre nosotros. Ella en alguna otra parte ya poseía cubierto ese aspecto de su vida y tal vez eso terminaba por hacer de nuestra relación una imagen impecable de la entrega entre dos amantes que sólo anhelaban disfrutar el uno del otro, de entregarse sin compromisos que puedan aburrir, molestar, fastidiar.

Todo eso pasaba por mi mente cuando la sentí detrás de mí. Podía olfatearla y sentir su aroma mientras caminaba por mi departamento. Podía saber dónde se encontraba aún sin necesidad de verla, tal era la identificación que causaba en mí.

Temblé, sus manos se acercaban a mi nuca, podía percibirla y su sonrisa debía ser pícara - estaba seguro de ello.

Una de sus manos se posó en mi cuello y me acarició suavemente, la otra pasó por encima de mi hombro y se dejó caer por sobre mi pecho, metiéndose entre la abertura de la camisa que llevaba desabotonada.

Seguí escribiendo o más bien simulé hacerlo, sé que ella casi se carcajea al sentirme simulando. Ambos estábamos conectados y sabíamos lo que deseábamos sin necesidad de pedirlo. Sabíamos también que yo no tenía la suficiente fuerza de voluntad para resistirmele.

Continuó acariciando mi pecho y mi nuca y fue cuando sentí su aliento cerca de mi oído, me ericé y sólo moví mi nuca para que pudiera acercar más su rostro hacia el mío.

Sus labios empezaron a besar suavemente mi oreja y bajaba despacio hacia mi rostro, mientras tanto su otra mano se unió a su gemela en mi pecho e iniciaron ambas unas suaves caricias y delicados pellizcos en mis tetillas. Mi respiración era entrecortada y me dejaba hacer. Ella sabía que era dueña de la situación y eso la excitaba.

Susurró, pero no pude entenderla, ahora su respiración era suave, pero por momentos se cortaba en largos suspiros, tal era su estado de agitación. Mientras besaba mis mejillas de un lado y otro, sus inquietas manos apretaban, pellizcaban, acariciaban. Yo estaba enervado por la excitación que me causaba todo aquel juego. Tomé sus manos suavemente y las guié hacia el borde de mis pantalones, las solté allí y dejé que siguieran solas el camino que les había trazado.

Al sentir sus dedos sobre mi sexo, un grave suspiro escapó de mi garganta, ella delicadamente me acariciaba y seguía besando todo mi rostro. En un movimiento casi violento di vuelta a la silla y quedamos frente a frente. El movimiento había provocado que ella me soltase, y fue cuando pude verla. Hallábase de pie, sonriente, espléndida, una diminuta bata cubría su atezado cuerpo, era de color blanco, pero era traslúcido. Miró a mis ojos y sonrió como sólo ella sabía hacerlo.

Se sentó sobre mis piernas y empezamos a besarnos como locos, como si el tiempo se nos acabara, como si fuera el fin del mundo.

Nuestra pasión nos llevaba a mordernos, a lamer nuestros rostros, a aspirar nuestros alientos. Nuestras manos ya no se detuvieron más aferrándose en el cuerpo del otro, acariciando, sobando, apretando...

Usando sus manos se separó de mí, apoyándolas sobre mi pecho ya desnudo. Se puso de pie y con un movimiento muy lujurioso levantó un poco el negligé, tomó los bordes del bikini que cubría su delicioso sexo y dejó caer la prenda entre sus piernas hasta el suelo.

Se acercó nuevamente a la silla donde yo, estúpido objeto de su lujuria, esperaba sabiendo ansioso. Se agachó frente a mí, desabrochando primero el cinturón y luego mi pantalón. Bajo las botas del mismo hasta más abajo de mis rodillas y luego hizo lo mismo con mi ropa interior. Se incorporó nuevamente y abriendo sus piernas se acomodó sobre las mías.

Me introdujo en ella casi con rabia, dejándose caer con todo su peso sobre mi erecta hombría. Al hacerlo se abrazó a mi cuello, al mismo tiempo la tomé por la cintura apretándola contra mí.

Así nos quedamos unos instantes, no sé si minutos, sólo queríamos disfrutar de encontrarnos unidos como si fuéramos uno sólo. Después, empezó lentamente a subir y bajar, dejando que mi virilidad entrara y saliera de ella acompasadamente.

Su ritmo se iba haciendo cada vez más frenético y yo disfrutaba de verla así, entregada, lujuriosa. Sus movimientos eran cada vez más rápidos, yo acariciaba sus nalgas, su espalda, besaba su cuello, sus pechos.

Un grito ahogado, un temblor incontrolable y la tensión de su cuerpo me dijeron lo que sucedía en su interior, fue entonces, sin dejar que su éxtasis finalizara que empecé a moverme, tomándola por las nalgas, me levanté de la silla cargándola.

Con mis brazos empecé a mecerla hacia delante y hacia atrás, apoyando éste movimiento con el vaivén de mis caderas. Sentí humedad sobre mi hombro, un hilo rojo empezó a correr sobre mi pecho. Era sangre, ella me mordía por la excitación, pero yo no sentía dolor, sólo placer, un grande y sublime placer, el placer que sólo ella era capaz de brindarme.

Cuando no pude más, me dejé correr en un orgasmo que bañó su interior con mis efluvios. Ella me abrazó aún más fuerte y yo me dejé caer nuevamente sobre la silla. Ella aún se aferraba a mí. Así estuvimos un buen rato mientras nuestras respiraciones se calmaban. Ni siquiera nos mirábamos, sólo estábamos abrazados el uno al otro.

Luego separando su rostro un poco de mí y mirándome a los ojos preguntó: - *¿Cómo puedes hacerme sentir todo eso?*

- *Contigo es sencillo, te deseo como loco y además... además te amo.* - le respondí dulcemente.

Besó suavemente mis labios y se recostó nuevamente sobre mi hombro. Sentí sus labios moverse cerca de mi oreja. - *Yo también te amo.* - susurró.

EL TORO, LA MONTAÑA Y EL PARAISO

Me encontraba con los ojos cerrados, pensando en mi destino y tratando de buscar un mejor futuro... Cuando comencé a ver imágenes en mi mente...

De inmediato me transporté a un hermoso paisaje con el sol calentando mi cuerpo y las flores de colores que jugaban con las tímidas gotas del rocío mañanero. Seguí avanzando y divisé una gran montaña. Me pregunté, ¿Sí podría escalarla?

Cuando pretendía continuar el camino, un toro con enormes ojos me dijo:

- *No avances, si caminas hacia la montaña encontrarás tu perdición... Más bien quédate por aquí y visita a tus amigos que se encuentran al oeste -.*
- *¿Al oeste? -*

Le pregunté...

El gran toro asintió y siguió su rumbo.

La curiosidad invadió mi cuerpo y continué hacía el oeste con la fe de ver a mis amigos.

Cuando ya había caminado más o menos un kilómetro de distancia, pude ver a mis camaradas en la lejanía...

- *¡Martín! - Grité.*

Éste me miró, sonrió y me hizo un ademán para que fuera hacia donde él...

Sin más espera corrí hacia allá y como por arte de magia el paisaje se transformó en una calle de mi barrio.